

## La vida rápida

Igual que un sicario abre el tambor del revólver con un hábil movimiento lateral para comprobar que está cargado con seis balas y vuelve a cerrarlo con la misma destreza antes de entrar a la escena del crimen, así Angulo comprobó que llevaba veinte cigarrillos en la pitillera: diecinueve para pasar el día fuera de casa, uno para fumarlo con calma después de cenar: con la misma rapidez, como todo lo que hacía en la vida, porque así nació y creció en una familia en la que lo más importante era aprovechar el tiempo.

Sus padres se hablaban como codificadamente, evitando preposiciones y artículos y asignando fonemas más cortos a las palabras más largas o a las que más se repetían. «Y que yo me la llevé al río», el primer verso de *La casada infiel*, que tuvo que aprender en el instituto, se resumió, estudiándolo en casa, en un «Ykióm llalrí», que luego supo traducir correctamente en clase cuando hubo de recitarlo de memoria; «Yomki lacó, laski vés», continuó más adelante su cabeza aquel día delante de nosotros, sus compañeros, pero «Yo me quité la corbata, ella se quitó el *vestío*» fueron las palabras que salieron correcta y pausadamente de su boca, sin olvidar ni equivocar uno solo de los cincuenta y cinco versos del poema de Lorca.

Y en esa aula, en ese mes de abril de hace ya muchos años, escuchándolo, me fijé en él como el hombre que empezaba a ser y no como el niño y adolescente compañero estudiante que había sido hasta entonces y que hablaba tan deprisa que apenas se le entendía; y nos imaginé a los dos sobre el limo, los faroles apagados y los grillos encendidos, yo la potra de nácar, sucios los dos de besos y arena, mis muslos escapando como peces sorprendidos. Y en esa circunstancia concreta y evocadora, su voz ya tornándose grave, oyéndole por primera vez pronunciar despacio, con la cadencia y la música que imponen las rimas, el olor a primavera que entraba por las ventanas ya abiertas, subido en la tarima del profesor, me enamoré de él e hice por seducirlo y por conquistarlo, y así pasó.

La mente de Angulo estaba más preparada para procesar en menos tiempo más cantidad de información. La vida no es poesía, y convivir con él me ha obligado a acostumbrarme a hacerlo en casa sin muchas vocales, sin muchas palabras o con ellas abreviadas, a entender lo que dice a esa velocidad de vértigo con la que se expresa y, con el tiempo, a comunicarme yo con él de la misma forma. Lo que me incomodaba al principio dejó de hacerlo, y me gusta haber podido acercarme a su alta velocidad de procesamiento. Nos unen además el gusto por la música y también por el silencio; por

salir a cenar y tomar algo después con los amigos, a los que yo hablo a velocidad normal y él, cuando no se olvida, solo ligeramente acelerado aunque sin comerse nada.

Nos gusta bailar y, si conoce la canción que está sonando, ejecuta el movimiento que corresponda antes de que hayan llegado las notas musicales. En una ocasión, en la discoteca de un crucero por las islas griegas, comenzó los ademanes del Aserejé antes de que el *disc jockey* la pinchase, cuando todavía sonaba la canción anterior.

Cuando llegó el *streaming*, veíamos primero las películas a  $1,25x$ , pero se nos hacían lentas, y fuimos subiendo progresivamente a 1,5, a 2 y, hace poco, un amigo nos ha instalado un *firmware* en el descodificador que nos permite ver a  $3x$  e incluso a más, pero por encima de esta última velocidad nos perdemos algo.

Nos gusta ver juntos las noticias de las nueve en la tele de la cocina, pero por hache o por be hoy he llegado más tarde a casa y me ha esperado preparando un picoteo. A las nueve y cuarto nos hemos sentado en el sofá y hemos puesto el telediario desde el principio a velocidad  $2x$ , que he llegado yo del trabajo especialmente cansada y no me apetecía forzar el metabolismo dándole más rapidez. Él, que me quiere, ha aceptado con gusto el ver pasar con esa lentitud los hechos relevantes del día. Así que a las 21,15 estábamos viendo el directo de las 21, y a las 21,16 el de las 21,02. A los cinco minutos de haber puesto la tele estábamos viendo ya las noticias de a y diez, y a las nueve y media hemos alcanzado al presentador y nos hemos sincronizado con el tiempo real.

Ensimismados, hemos visto el futuro durante mucho rato y, excitada yo como me encontraba por vivir esa experiencia, lo he acelerado a  $3,5x$ : un deportista español ha ganado en Australia un partido que aún no ha comenzado y hemos visto, en un nuevo informativo, el inicio en Levante de la tormenta prevista y una conexión en directo en la que se veía arder nuestro edificio, al parecer por un despiste de Angulo, que ha dejado el cigarrillo encendido junto a un trapo de cocina mientras sacábamos a Blas de paseo.

Pudimos apagarlo y, aunque nos resulta extraño, el deportista español se ha lesionado, la gota fría no ha llegado a caer y el *streaming* ha regresado él solo a velocidad normal. A Angulo, ahora, no hay quien le entienda de lo despacio que habla.